

Del último número del «Tesoro del Hogar», semanario de literatura que publica en Guayaquil nuestra distinguida compatriota señora Lastenia Larriva de Llona, reproducimos el siguiente artículo, así en homenaje á la elegante escritora como por el aprecio que nos inspira el constante colaborador del «Ateneo» á quien el artículo está consagrado.

RICARDO PALMA.

Suponiendo,—pues todo cabe en el terreno de las suposiciones,—que el eximio tradicionista limeño con algunas de cuyas producciones enganalamos nuestro periodico, necesitara de ser presentado á los lectores de «El Tesoro del Hogar,» y que para cumplir con este deber, siquier fuera únicamente de mera fórmula, tuviera que escribir yo un lijero juicio sobre las obras del celebrado escritor; y suponiendo además—¡ y esto sí es suponer! —que tuviera yo la competencia literaria requerida para el caso, aún habría que comenzar por declararme ante el público como la persona menos apropiada para el buen desempeño de esa tarea, pues me faltaría en absoluto una de las condiciones más esenciales para su digno cumplimiento, cual es la de la imparcialidad.

Si, señores, lo confieso: yo no puedo ser imparcial tratándose de juzgar al galano narrador de las consejas de mi tierra.

Obran, en efecto, muchas circunstancias en mi ánimo para que me domine, sin poderlo evitar, la simpatía que desde hace muchos años tengo por este escritor eminentemente nacional: el género de composiciones á que de preferencia se ha dedicado Palma, y que siempre ha tenido gran atractivo para mi espíritu, que gusta muchísimo más de vivir en el pasado que en el presente, para quién la triste poesía de los recuerdos es infinitamente superior á la risueña poesía de las esperanzas, y que encuentra encantos indefinibles en evocar las tradiciones de los pueblos y de las familias; el sabor netamente limeño que tienen la mayor parte de esos cuentos, lo cual envuelve una seducción

irresistible para todo aquel que ha visto la luz primera en el mágico pensil de la ciudad de los Reyes; y, sobre todo, la circunstancia de haberme deleitado con su lectura desde esa edad en que, apto ya el corazón para sentir con el autor, no es capaz aún la inteligencia de juzgarlo debidamente.

Aunque llevando dos apellidos en sumo grado familiares al señor Palma (1), mi personalidad privada le es muy poco conocida; y la literaria, probablemente mucho menos; pues mi culto por las letras ha sido un impenetrable secreto para el público durante algunos años. excepción hecha de unos pocos amigos íntimos; y si por instancia de algunos de éstos publiqué tal cual poesía en ese lapso de tiempo, lo hice con mis iniciales por toda firma.

Mi irresistible inclinación á la Literatura se traducía, pues, por entonces, casi, únicamente, por un entusiasmo exaltado hacia todos aquellos que, con espléndido éxito, cultivaban la gaya ciencia ó manejaban la prosa como sabe hacerlo el que motiva estas líneas.

Y dicho está con esto que todos aquellos *bohemos* de que tan grata mención hace Palma en su *Confidencia literaria*,— dada recientemente á luz como prólogo á sus poesías y de que ya hemos hecho mención en la nota que antecede,—eran grandes amigos míos, desde que estuve en edad de leer y de comprender lo que leía, aunque con ninguno de ellos hubiera cambiado jamás una palabra, y á la mayor parte no los conociera ni aún de vista. Desde los trece ó catorce años me sabía de memoria una gran parte de los versos de Marquez, de Salaverry, de Althaus, de Velarde y de Llona, y mis amigas íntimas me rogaban de continuo que les refiriera las últimas tradiciones publicadas por Palma, que yo repetía casi sin cambiar una sílaba del original.

Con este noble entusiasmo, ó por mejor decir, con esa cándida admiración propia de la dichosa edad de la adolescencia, sentía palpitar apresuradamente mi corazón, cuando me mos-

(1) El nombre del presbítero Larriva, mi tío abuelo, poeta satírico contemporáneo y émulo de don Felipe Pardo y Aliaga, célebre en todas las polémicas literarias de su tiempo, es popular no sólo en el Perú sino en toda la América española, y es citado con elogio por Palma en gran número de sus tradiciones.

Mi tío carnal, don Juan Francisco de Larriva, hoy anciano, enfermo y apartado casi por completo del campo de las Letras, cultivó con bastante buen éxito el divino arte hasta hace algunos años, y es autor de una colección de poesías tan conocida aquí como en el Perú. Extrañamos que el señor Palma no haga mención de él en la *Bohemia Limeña*, como la hace de don Toribio Mansilla, amigo y compañero de Larriva, y que como él, ha sido una esperanza frustrada para la Patria que de sus dotes intelectuales tenía derecho á aguardar ópimos frutos.

traban, aunque fuera de léjos, á algunos de esos privilegiados seres que tenían sobre los demas hombres la supremacía del talento, que era la que yo más envidiaba.

Recuerdo á este propósito, y no resisto al deseo de referirlo aquí, un incidente ocurrido con relación á Jorge Isaacs, que aún hoy hace asomar á mis labios una sonrisa cada vez que sus pueriles detalles se presentan á mi memoria.

Aunque no fui precisamente yo la protagonista en la escena que paso á referir, como habré de confesar paladinamente que habría sido entonces» muy capaz de hacer otro tanto, por ellos podrán formarse una idea los lectores de mis sentimientos en aquella época.

Acababa de leer, en unión de una amiga mía y compañera de infancia, lindísima criatura tan entusiasta como yo, y más romántica aún tal vez, ese encantador idilio en prosa que se llama *Maria* y que es una de las obras de que más justamente puede envanecerse la literatura americana; y habíamos concebido, como era natural, una extraordinaria simpatía por el autor de esas tiernas y elocuentes páginas que tantas lágrimas supieran arrancar á nuestros corazones de adolescentes, y habríamos dado algo por conocer personalmente al original del retrato que lleva al frente el volumen.

Una tarde,—me hallaba yo en Chorrillos con mi familia, y había ido á la estación del ferro-carril á esperar á Laura,—(sustituiremos con este nombre el de mi bella amiga, pues no sé si le agradará ver el suyo verdadero en letras de molde) cuando, y no bien se hubo detenido el tren, la ví bajar y precipitarse en mis brazos, con el encantador semblante alterado por una emoción que avivaba el sonrosado de sus mejillas y prestaba nuevos encantos á las expresivas miradas de sus hermosos y dulces ojos.

—Mira, mira, me dijo, casi sin poder hablar, y haciendo caso omiso de las visibles muestras de admiración que su hermosura recibía de cuantos la rodeaban,—mira, me repetía y me señalaba á un joven que había bajado tras ella del wagón, y que, con aire marcadamente extranjero y natural curiosidad, miraba á su alrededor.

Le miré atentamente; pero aunque su fisonomía no me era del todo desconocida, no pude adivinar quien era el sugeto que con tal empeño me mostraba mi amiga.

—Es Jorge Isaacs, me dijo ella en voz baja.

—¿Jorge Isaacs? y ¿cómo lo sabes?

Una franca y alegre carcajada fué la primera respuesta que obtuve, y luego me contó lo siguiente:

--Apenas estuve instalada en mi asiento, vino este caballero y se sentó en el que estaba delante de mí. No bién le miré creí reconocer las facciones del autor de nuestra novela favorita; pero como dudara de mí propia, recurrí á una estratagema para adquirir la convicción de mi sospecha, é inmediatamente la puse por obra. Mi hermano estaba en el andén de la estación, á pocas varas de nosotros, conversando con algunos amigos, mientras sonaba el pito de prevención. Yo me asomé por la ventanilla y grité, como si me dirigiera á él: --¡Jorge!--Sabes que mi hermano lleva también este nombre, aunque más comúnmente le llamamos Manuel.--La idea surtió el efecto deseado, pues mi vecino volvió la cara precipitadamente. Era él, ya no cabia duda.

Y efectivamente, fué Jorge Isaacs, que visitaba el Perú de paso para Chile, donde iba, según tengo entendido con un empleo consular.

¡Qué contentas estuvimos todo aquel día, y con qué paciencia sufrió Laura las reprensiones de su hermano por la inocente travesura de que ella estaba ufansima! . . .

Ultimamente, cuando en las plazas ó calles de la Capital de su patria me he cruzado tal cual vez con el insigne poeta caucaño, siempre, al lado de su pensativa y melancólica figura, me ha parecido ver alzarse, como una radiante visión, la encantadora y juvenil figura de mi amiga, y he vuelto á ver su rostro sonriente, y he escuchado su melodiosa voz de aquellos tiempos! . . . Así, juntas en mi pensamiento, esas dos imágenes vienen á ser como una especie de símbolo, pues, al lado del poeta, aún en el ocaso de su vida, y por mas triste y decepcionado que se halle, se alzaré siempre alguna bella ilusión que ilumine sus últimos instantes.

Para concluir con este episodio, que algunos encontrarán por demás ageno al fin de este artículo, --diré que, á mi regreso de Colombia, envíe á Laura un retrato de *Maria* con estos versos:

Esta la imagen es de la heroína
que el vate colombiano idealizó,
y cuya tierna historia, siendo niñas,
leíamos, temblando de emoción.

Contéplala, y al ver su rostro bello,
y al recordar el tiempo que ya huyó,
también recuerda á la distante amiga
que desde aquí te envia el corazón.

.....
Pero algunas cuartillas de papel llevamos ya borrajeadas des-

de la primera en que pusimos como epígrafe del artículo que nos proponíamos escribir el nombre de *Ricardo Palma*, y después de no pocas divagaciones, paréntesis y circunloquios, caemos en cuenta de que no hemos logrado aún expresar nuestro deseo en al asunto que traemos en los puntos de la pluma.

Resumamos, pues.

El cariño que nos inspiran las obras que deleitaron nuestra infancia y nuestra primera juventud, y, por concomitancia, los autores de ellas, dura, por lo general, tanto como nuestra vida, siendo inútil que, pasadas aquellas felices edades, el buen gusto literario refinado por el estudio, ó la razón madurada por los años, pretendan debilitarlo con el frío escalpelo de la crítica. El corazón rechaza esos severos análisis, y persiste, *quand même*, en sus ilusiones.

Y si esto pasa tratándose de libros de muy escaso y de ningún mérito literario, á los que no podemos despojar del prestigio que les prestaran á nuestros ojos circunstancias especiales, ¿qué no sucederá con obras que á esas circunstancias extrínsecas unen las propias de una importancia real y verdadera, y por la cual han pasado ya á autoridad de cosa juzgada?

Hé aquí, por qué no me atrevo ni me atreveré jamás á decir si Ricardo Palma es merecedor de la gran fama que tiene en ambos continentes, y de que no poco orgullosos estamos sus paisanos. Sólo diré que yo leo siempre con extraordinario placer cuanto sale de su chispeante pluma, y lo que sí afirmo, sin temor de que nadie me desmienta, es que igual cosa pasa á todos los que, ya inteligentes, ya profanos, pasan la vista por las amenas páginas que diariamente produce la fecunda vena del ingeniosísimo escritor peruano.

LASTENIA LARRIVA DE LLONA.

Guayaquil, Febrero 7 de 1888.

